

se obra meritoria alentar la pereza de los parientes!

—Blas es un holgazán de siete suelas.

—No tiene delicadeza. Pasa el día cuidando plantas y regando macetas como una muchacha romántica, y deja que ruede el mundo, como si en él no estuviesen su mujer y su hijo. Afortunadamente para Blas, se ha unido a una mujer que no parece tu hija ni mi hermana, que no sabe hacerse respetar, ni tiene amor propio; que le sirve de rodillas; y que es al mismo tiempo cocinera, lavandera, costurera, recamarera, mandadera y esclava.

—No sé cómo he podido aguantar todo eso, exclamó D. Ignacio cerrando los puños. Mucho tiempo hace que hubiera debido darles una lección.

—Y bien la merecen, padre, porque no he visto nada igual a ellos en toda mi vida. La gente que nos rodea, aunque de clase inferior a nosotros, es de otro modo. El hojalatero de enfrente trabaja de firme y tiene una criadita de siete años para que le ayude a su mujer; el sastre del segundo patio nunca deja de dar a su mujer por lo menos cuatro reales diarios, y ésta cuando no se los ajusta, no le da de comer; el vagonero que vive junto a la cocina, pasa un peso diario a su esposa, y ésta tiene cocine-

ra y recamarera para hacer el quehacer. ¡Y Blas no gana más que unos cuantos centavos al día, que nunca llegan a treinta, y quiere que su mujer haga milagros con ellos y con todo el peso de la casa!

D. Ignacio estaba en ascuas.

—En realidad, padre, aunque nos due la el decirlo, vale menos Blas que el hojalatero, no sirve ni para descalzar al sastre, y debe besar los pies humildemente al vagonero. Y por lo que hace a Genoveva, es como los zapatos viejos de las mujeres de todos esos hombres, verdaderamente hombres, no como Carranza.

El viejo bufaba. Las palabras de su hija lo fueron enardeciendo gradualmente, y acabó por caer en un paroxismo de rabia, de toro acalambrado. Quiso levantarse y no pudo, porque le temblaban las piernas y se sentía mareado.

—Ahora mismo voy a darle una paliza a mi yerno, gruñó con los dientes apretados. Ya que es tan afecto a quedarse en casa, yo le obligaré a quedarse también en la cama. ¡Todavía no me conoce!

—No, padre, eso no, objetó Damiana comprendiendo que el efecto de sus palabras había ido demasiado lejos; eso no, porque se armaría un escándalo mayúsculo.

MÉXICO.

IMPRENTA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

IAS,

ES.

desarro-
l hombre
todo en

RGOT.

na, triun-

MON.

—¡Y eso a mí que me importa!

—Nuestra posición, por Dios, hay que respetar nuestra posición.

El argumento fue contundente. Luego se dio cuenta D. Ignacio de que siendo quienes eran él y su hija en aquella casa, y figurando en primer término entre aquel plebeyo vecindario, no estaba bien desafinar de tal modo, dando motivo para que interviniera el gendarme y le llevase ante el comisario.

—Pero entonces, ¡qué hago! repuso el viejo acosado. Por una parte me excitas con tus reflexiones y me exaltas con tus palabras, por otra me privas de movimiento.

—¡Es claro que algo se tiene qué hacer; pero algo que remedie la situación, no que la empeore.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Obligando a Blas a que trabaje.

—Sería más fácil poner en marcha al Ixtlacíhuatl.

—A Ud. nadie le resiste, y menos él, que es tan apocado.

—¿De modo que crees poder lograrlo?

—Estoy segura de ello.

—Puede ser que tengas razón. En tal caso, hay que poner manos a la obra sin

pérdida de tiempo. Necesito galvanizar ese muerto antes de entrar en la oficina.

Y como D. Ignacio era hombre impulsivo, se levantó de la silla como movido por un resorte, tomó el sombrero del clavijero, el grueso bastón de encino (que él había bautizado con el descriptivo nombre de "amansa locos") de un rincón de la pieza, y en dos o tres zancadas se trasladó a la puerta de la habitación contigua, por donde se coló de rondón, sin decir oxte ni moxte.

III

Acababa Blas en aquellos momentos de salir de su cuchitril y se aprestaba a refrescar a las raíces de sus caros vegetales con una regadera vieja que llevaba en la mano, cuando penetró como una racha en la vivienda D. Ignacio, golpeando ruidosamente el pavimento con el bastón a cada paso que daba. El dilettante agrónomo quedó boquiabierto y suspenso ante la presencia de su augusto suegro, con la regadera en alto, medio inclinada hacia los tiestos, pero mal dirigida por la sorpresa; de suerte que los chorros de agua que se escapaban por los agujeros de la hoja de lata, describían una parábola inútil, y

IAS,

ES.

desarro-
l hombre
todo en

RGOT.

na, triun-

MON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

caían a plomo sobre sus pobres zapatos rotos y deslustrados.

—Buenos días, vociferó el viejo con fiereza.

—Buenos días, Sr. D. Ignacio, repuso el joven tímidamente.

—¿Dónde está mi hija?

—Arreglando al bebé.

—Y Ud., ¿en qué se ocupa?

—Como siempre, señor, haciendo experiencias.....

—¿Experiencias de qué?

—De agricultura, señor.

—Quiere decir, divirtiéndose y perdiendo el tiempo. ¿De qué le sirve ni a Ud. ni a su familia esos embelecios? ¿Cuánto mejor no sería que se dedicase Ud. a aserrar madera o a hacer adobes;? siquiera ganaría un sueldo de jornalero y algo descansarían mi hija y mi nieto.

—Pero si llego a tener algún terrenito, si Dios me lo da...

—Lo cultivará Ud. conforme a las reglas del arte. ¿No es verdad? (Aquí prorrumpió D. Ignacio en una carcajada irónica semejante a un rujido) y ¿cuándo será eso? ¿dentro de un siglo? no hay traza de que pueda ser antes. Pero Ud. es capaz de matar un buey a pellizcos y de plantar un árbol de los que fructifican a los

cien años. Gasta Ud. una pachorra en paz de sulfurar al calendario azteca.

Al decir esto, enarboló el viejo su "amansa locos", y dejándolo caer sobre el repleto vientre de los tiestos, los hizo añicos con estrépito, sembrando el pasadizo de fragmentos y de cacharros y de tierra negra de la mejor clase. Los tallos de las tiernas plantas que con tanto esmero había cuidado y protegido el agrónomo, se rompieron y remolieron con la caída. Y quedaron por el suelo lastimosamente descubiertas, preciosas y delicadas raíces, unas largas y sutiles como cabellera de dama, otras gruesas y bulbosas como simborrios y torres moscovitas.

A Blas se le subió de pronto la sangre al rostro, herido a la vez en su dignidad y en sus aficiones por aquel hecho brutal, y aun llegó a hacer un movimiento significativo para arrojar la regadera a la cabeza de su suegro. En esto apareció Genoveva apresurada y llena de susto, todavía sin peinar y con los papelillos de rizar en la frente.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? interrogó en el colmo de la alarma.

—Tu esposo, que quiere lanzarme la regadera a la cabeza! dijo el viejo.

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo. en

RGOT.

ma, triun-

EMON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

—¡Tu padre, que ha apaleado y roto mis macetas! articuló Blas sollozando.

—Pero ¿por qué?

—¿Y me lo preguntas? contestó D. Ignacio. Lo sabes mejor que yo. ¡Porque la flema que gasta tu marido me tiene quemada la sangre! No se mueve, no trabaja, no hace nada que sirva. Gasta su tiempo en regar plantitas.

—¿Y bien, padre?

—Que eso no se puede tolerar, que es preciso que concluya, y que tengo determinado que concluya.

—¿Y por eso ha hecho Ud... lo que ha hecho? articuló Genoveva ocultando difícilmente su mal humor.

—Sí, por eso, ¿estamos? por eso. ¿Te parece mal?

—No, padre, pero....

—¿Qué pero ni qué ocho cuartos! he de arreglar esta casa, aunque sea moliéndoles los huesos a sus habitantes. Ya verán cómo los impulso: las tortugas andan con lumbre.

—Señor, balbuceó Blas, perdidos ya los bríos y vuelto a su habitual apocamiento; bien sabe Ud. que me sobran deseos de trabajar.

—No, eso no lo sé; no me calumnie Ud.

—Sí señor; lo que pasa es que no tengo quien me proteja ni elementos propios.

—A un hombre digno, le bastan los cuatro elementos naturales: agua, tierra, fuego y aire; pero Ud. no tiene vergüenza.

—Padre, por Dios, interrumpió Genoveva llorando. Nosotros no le hacemos a Ud. ningún daño, ni le molestamos con peticiones, ni con quejas.

—¿Crees que tengo sangre de horchata? ¿Quién puede ver con tranquilidad este cuadro?

Blas, nuevamente excitado, pensó con testar a su suegro: "pues no lo vea Ud; váyase y no vuelva más." Pero Genoveva lo adivinó, y, adelantándose, repuso:

—Ni mi hijo ni yo nos quejamos; todos estamos contentos.

—¿Con que sí, eh? Pero eso es porque tú y mi nieto tienen alma de esclavos, como dice Damiana.

—Padre, gimió Genoveva, ¿cómo he de querer que venga Ud. a aumentar nuestras penas!

—Porque soy un monstruo; pero ya me lo agradecerás más tarde. ¡Ea, continuó D. Ignacio dirigiéndose a Blas, póngase Ud. el jaquet, tome el sombrero y sígame

—¿A dónde le lleva Ud.? preguntó Genoveva.

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo. en

REGOT.

na, triun-

MON.

MÉXICO.

IMPRENTA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

—¡ Al trabajo! gritó D. Ignacio.
Blas, intimidado de nuevo, obedeció sin chistar, y se puso el jaquet y el sombrero. Con esto D. Ignacio salió por la puerta como una saeta. La joven aprovechó aquel momento para abrazar a su esposo y decirle al oído:

—Dispensa, Blas, es mi padre. No tardes en volver.

El agrónomo por toda respuesta, besó la frente de Genoveva y voló a reunirse con su suegro.

IV

No había pasado una hora, cuando volvió Blas a su casa más triste y cariacontecido que nunca.

—¿Por qué has vuelto tan triste? le preguntó su mujer. ¿Ocurre alguna novedad?

—Sí, dijo el marido, me he quedado sin mi reloj.

—¿Te lo robó algún ratero? investigó la joven palideciendo.

—No, lo voy a perder por culpa de D. Ignacio.

Diciendo esto se echó el infeliz sobre una silla, dejó caer la cabeza entre las manos y lloró como un chiquillo. Aquel reloj, remontoir, de repetición, de fuerte caja áurea, era la única herencia que había reci-

bido de su padre. Le tenía gran cariño y nunca, ni en medio de sus mayores miserias, había querido venderle. Varias veces había manifestado a su consorte, el deseo de ser enterrado con él.

—¿Por qué dices que por culpa de mi padre? articuló tiernamente Genoveva, apartándole las manos de la cara. ¿Por qué dices eso?

—Porque él la tiene, prosiguió el joven con irritación; porque es imposible sacar el reloj de donde está ahora.

—¿Lo empeñaste?

—Sí, en veinte pesos.

—Eso no es nada, cualquier día lo recordas.

—No, no, murmuró Blas moviendo la cabeza con desconsuelo; nunca reuniré esa dinerada para sacarlo del montepío. Vencerá el término de la boleta, y lo perderé.

Genoveva comprendía que su esposo tenía razón, y, a falta de palabras de aliento que prodigarle, procuró distraer su imaginación con nuevas preguntas.

—¿Cómo pasó eso? No me lo has dicho. ¿Quiso papá que te proveyeras de fondos para nuestros gastos?

—No fue eso. Quiso que me proveyera de fondos para trabajar, que me hiciese un puntalito que me sirviese de apoyo.

IAS,

ES.

desarro-
l hombre
todo. en

RGOT.

na, triun-

MON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

—De modo que ahora vienes rico, dijo la joven fingiendo buen humor. ¡Oh, señor adinerado! y con amable confianza golpeó con la punta de sus rosados dedos, los bolsillos del chaleco de Blas, pero asombrada, no palpó ninguna moneda.

—¡Qué dinero ni qué niño muerto! gimió Carranza. Eso es lo más triste del caso. Vuelvo como me fuí: sin un centavo en las faltriqueras.

Genoveva abrió desmesuradamente los ojos.

—Pues entonces ¿qué ha sucedido? dijo.

—Lo que ha sucedido es que mis veinte duros se han convertido en papel, repuso Blas con indignación, sacando del bolsillo del jaquet un billete de lotería.

La joven se quedó petrificada. ¡Gastar veinte duros en un billete de lotería, cuando no había lumbre en la cocina y estaban faltos de todo, desde vestido hasta zapatos, él, ella y el niño! El joven comprendió en la expresión del rostro de su compañera lo que estaba pensando.

—¿Pero te imaginas, mujer de Dios, que soy capaz de hacer esa locura?

—Pues entonces, ¿quién?

—Tu padre, D. Ignacio, mi suegro...

—¿Cómo pudo ser eso?

—De un modo muy sencillo. Salimos

de la casa mudos y sin acercarnos el uno al otro. El iba delante, muy de prisa, y yo le seguía como iba pudiendo. De pronto, al pasar por el montepío del español D. Quintín, que está en la esquina se paró y me preguntó si había traído mi reloj. Repuse que sí, y me lo pidió con empeño. Tan pronto como lo tuvo en las manos, entró en el montepío, y lo entregó al español preguntándole cuánto prestaba sobre él. Mientras éste lo examinaba, pregunté a D. Ignacio qué significaba todo eso, y me contestó que era ridículo trajese yo aquella alhaja cuando no había más que hambre en mi casa, y que iba a empeñarla para darme algún dinero que me sirviese para negociar. Protesté alegando que aquel reloj era la única prenda que me quedaba de mi padre, que lo quería entrañablemente y que no convenía ponerlo en peligro de que se perdiese. Me contestó con un gruñido, y cuando dijo el prestamista que podrían darse sesenta pesos sobre aquel objeto, pidió tu padre todo ese dineral. Pero yo, exasperado, me negué a prestar mi consentimiento para tan cuantiosa operación, comprendiendo que a medida que fuese mayor la suma que diese el montepío, más difícil me sería rescatar después el reloj. Tu padre insistía en su idea, pe-

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo. en

REGOT.

ma, triun-

MON.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

ro como me negase a apoyarla, declaró el dependiente que, supuesto que era yo el dueño de la prenda, no daría sobre ella ni un centavo sin mi consentimiento. Tu padre furioso, fue disminuyendo gradualmente sus pedidos y yo continué negándome a acceder a sus exigencias. Así bajó de cincuenta a cuarenta, y de cuarenta a treinta pesos. Al llegar a veinte, no tuve ya valor para resistir, temeroso de que me pegase en el mismo establecimiento. D. Ignacio recogió los fondos y me dio la boleta saliendo del montepío. Por el camino me fue apostrofando por no haber querido recibir más dinero y declaró que con aquella bicoca no se podía emprender nada, y que lo mejor que podía hacer con ella, era arrojarla al muladar. Pensaba yo entretanto, que, siendo así las cosas, no entendía por qué habíamos empeñado el reloj, y que si los veinte pesos no servían para nada, sería lo más cuerdo volverlos al prestamista. Con prudencia le insinué esta idea; pero habiéndome dado por respuesta una mirada feroz, no volví a chistar, y seguimos caminando al acaso. Casualmente pasamos frente a un estanquillo de tabaco. Allí, deteniéndome un momento, me dijo que se le ocurría una idea brillante: invertir mis fondos en un bille-

te de la lotería de cien mil pesos que hoy mismo iba a celebrarse; que así me haría rico de una vez, si la suerte me era propicia. Agregó tu padre que él mismo había tomado de su caja lo necesario para comprar otro billete. Con esto entró en el estanquillo sin más preámbulo, mientras yo me quedé esperándolo en la acera. A poco salió con los dos billetes en la mano. Los números por él escogidos, fueron un 3,312 y un 777. Vaciló antes de entregarme uno u otro, y al fin me dio el 3,312. Hecho esto, me despidió con ironía diciéndome que me volviese a casa a entablar mis vegetales y a remendar mis macetas, mientras se ponía en claro mi suerte. Y aquí me tienes, Genoveva, concluyó Carranza, sin reloj, sin dinero, y con este delgado, transparente e inútil papelillo por toda compensación de mis desventuras.

—¡Válgame Dios! dijo la joven con manifiesta pesadumbre, ¡y pensar que hubiéramos podido hacer tantas cosas con esos veinte pesos!

—Es lo que digo. En último resultado, una vez empeñado el reloj de mi padre, hubiéramos podido salir de algunas congojas con los veinte duros.

—Yo no tengo fe en loterías; prosiguió Genoveva desdoblado el papel.

MÉXICO.

IMPRESA DE MARIANO VIAMONTE ZULETA NÚM. 18.

1906

IAS,

ES.

desarro-
hombre
todo en

RGOT.

na, triun-

IRON.